

Enrique Molina

En acción de gracias y por la Universidad de Concepción

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO

Mi estado emocional de los recientes días y de estos momentos ha sido tan intenso que no hallo sino una manera de decíroslo. Hay horas de plenitud que invitan a darle un sentido divino a la vida. El individuo y el universo, el yo y el cosmos se compenetran, son uno. Hasta la tragedia y el dolor quedan absorbidos, fundidos en la armonía total. A esas horas no cabe más que bendecirlas.

Por ellas he pasado ante la perspectiva de las manifestaciones que me preparabais y por ellas paso ante el espectáculo del magnífico acto que me ofrecéis y en el que no sé qué admirar más, si la música de las palabras pronunciadas o la música de las palabras cantadas. Como si esto fuera poco, habéis tenido la generosidad de brindarme con un precioso obsequio que no hacía falta en verdad para que, aun sin él, mi gratitud y mi recuerdo fueran imperecederos.

A mi ánimo embargado le pareció en un principio que para agradecer debidamente no podría hacer nada mejor que presentar mi alma en su desnudez emocionada, presentarme mudo ante vosotros, permanecer por minutos en recogimiento casi religioso y deciros «Gracias, queridos amigos, ojalá pueda con futuros hechos corresponder a la deuda de acrecentado reconocimiento que es dulce gravamen de mi corazón».

Estimando luego esta actitud como insuficiente y vuelto a examinar lo que me acontece he encontrado en mi pecho al lado del regocijo la sorpresa, ¿Por qué esta espléndida manifestación? Mi excelente amigo el distinguido profesor don Salvador Gálvez ha querido decirlo, ha tenido el propósito de decirlo en su

elocuente y conceptuoso discurso, pero no lo ha dicho sino que con sus juicios tan benévolos ha aumentado aún mi sorpresa. Otro tanto han hecho las sentidas y bellas frases del sobresaliente alumno, presidente del Centro de Derecho, don Emilio Rioseco.

Se me ocurre que podría no justificarse la sorpresa de que os hablo, porque debería estar acostumbrado a lo que ahora sucede con las innúmeras muestras de adhesión y cariño que he recibido, desde los primeros días de mi residencia aquí, de parte de mis amigos universitarios y de los de esta simpática ciudad. Con estas festividades que me honran y conmueven habéis forjado, pues, un nuevo eslabón para la cadena de gratos hechos que me ligan a nuestra Universidad y a Concepción.

La sorpresa que he sentido se resuelve y disuelve así: viendo de vuestro lado, amigos míos, infinita bondad y del mío, como ya lo he expresado en otras ocasiones semejantes, mucha fortuna.

Si al iniciar mi carrera de profesor, hace diez lustros, un hada benéfica me hubiera mostrado el cuadro de lo que al cabo de los años he venido y estoy cogiendo como fruto de mis esfuerzos lo habría tomado cual sueño imposible y habría dicho: «Esa es demasiada ventura, no se puede aspirar a tanto». Entonces no tenía más claro propósito que ser educador y, como actividad implícita en la función del magisterio, cultivar mis facultades para decir y escribir lo que considerara verdadero, útil y oportuno. Ningún afán de lucro, de hueco renombre o de ambición política se ocultaba tras esta finalidad. Envolvía ella tan solo el reconocimiento del valor en sí de la busca del saber y de la verdad como realización del espíritu y para coadyuvar al desenvolvimiento colectivo. Todo lo demás me ha venido por añadidura y, entre estas cosas, nada menos que llegar a Concepción y trabajar en su Liceo de Hombres y, sobre todo, en su Universidad. Algo de cuanta enorme significación tienen estos hechos para mí, fuera de los afectos con

que han llenado mi corazón, queda dicho en muchos discursos y en no pocos libros.

Los años transcurridos fueron a veces ciertamente duros. Fuera del trato con uno o dos amigos la soledad espiritual fué mi dote; pero me domina ahora la emoción placentera del final conforme al proceso indicado por Hesíodo. «Los dioses inmortales, decía el viejo poeta griego, han colocado antes del éxito el sudor. Largo y escarpado es el sendero que conduce a él, al éxito, y al principio áspero. Sin embargo, cuando has alcanzado la cúspide resulta fácil a pesar de su rudeza». A riesgo de que encontréis que con delectación morosa me detengo en un detalle secundario voy a apuntar todavía la observación de que en mi caso se ha sobrepasado la forma en que, según el concepto tradicional, acuerda sus dones la fortuna; se ha vencido lo que ella, como divinidad femenina, tendría de esquiva y cruel. Conforme a la leyenda clásica, la única valedera por el momento, los favoritos de los dioses—y permitidme que me exprese así no por pretensión propia sino únicamente pensando que no es exagerar si se considera lo mucho que os debo—los favoritos de los dioses, digo, deben morir jóvenes. El sentido trágico de la vida exigía este rescate. Mientras tanto vosotros habéis tenido la gentileza de celebrar un hecho de longevidad de algo más de medio siglo.

Ya véis que puedo hablar con razón no sólo de fortuna sino de fortuna redoblada.

Pero convengamos en que fiestas como la presente no se pueden llevar a cabo tan solo para hacer feliz a un hombre. Ya por los sentimientos mismos que animan a sus organizadores rebasan los límites del goce personal. Coexiste en ellas la incontenible proyección hacia finalidades de cultura. Y así tiene que ocurrir particularmente en un acto celebrado en ciudad de la prestancia cívica de Concepción, enaltecida, dentro de las ciudades de la República, por una tradición señora, por una histo-

ria rica en sucesos heroicos y de trascendencia para nuestras instituciones.

Os invito, pues, a que volvamos nuestra atención a esta luz derivada y a bañar en ella nuestro espíritu. Podríamos ir desde la escuela primaria hasta los establecimientos de educación superior y las academias de arte: doquiera brille la acción de la personalidad humana, por modesta que sea. Pero en esta festividad, por su propio carácter y significación, hay un asunto que se sobrepone a todos, que nos subyuga, nos hechiza y tiene que concentrar en sí la finalidad cultural. Sería superior a mis fuerzas sustraerme a él. Es nuestra Universidad. En ella sumerjamos nuestro espíritu; y, sin olvidar lo que se ha hecho, pero poniendo de preferencia el acento en lo que se necesita, limitemos a ella nuestra excursión.

No cabe exagerar la importancia primordial que para Concepción envuelve su Universidad. Entona la economía local y, junto con el prestigio de centro universitario, le proporciona el ambiente espiritual que a tal corresponde. Cuanto calor gaste en amarla y decisión para defenderla serán muestras de que tiene conciencia cabal de su destino y de los imperativos de su progreso. Cuando digo Concepción pienso en sus autoridades locales, en sus representantes parlamentarios, en su prensa, en las sociedades obreras y en la opinión en general. De justicia es reconocer aquí agradecidos la valiosa cooperación que en todo momento han prestado también a nuestra Universidad muchísimos parlamentarios que no son de la provincia e importantes diarios de la capital.

No tememos ya el peligro que nos inquietaba en los primeros años de su existencia, de que la Universidad pudiera desaparecer. Ha crecido mucho para ello. Mas subsiste una amenaza que, con la ayuda de las personalidades y entidades indicadas y de miembros de los poderes públicos, se ha ido sorteando hasta ahora con buen éxito. Es menester estar muy vigilantes sobre su principal, casi única, fuente de entradas para que no

sufra nuevas mermas. No faltan gentes que se la imaginan cual si fuera manantial virgen, no perteneciente a nadie, y ponen los ojos en él para cuanta cosa se les ocurre. Aparentan ignorar que sus aguas se hallan exhaustivamente distribuídas por regadores determinados por la ley y que a la Universidad no le llega la cantidad que sus campos reclaman. Poco más del cincuenta por ciento del total. En 1942 las utilidades de la Lotería ascendieron a \$ 18.259,548 y la parte de la Universidad a \$ 11.115,728.

Así la Universidad carece de los recursos necesarios hasta para desarrollar las obras que ya tiene en marcha. Hace cerca de diez años que los cursos de la Escuela de Medicina no pasan del Cuarto Año debiendo tener seis. La Ingeniería Civil se halla plantada en el Primer Año. No ha sido posible transformar el Departamento de Información y Experimentación Agrícola, que tan útiles servicios presta a la agricultura de la región, en una Facultad de Agronomía con sus correspondientes institutos y escuelas agrícolas. Obras nuevas cuesta mucho crearlas. Grupos de opinión, de intereses y de gustos colectivos reclaman continuamente de la Universidad la creación o la subvención de esto o aquéllo. Quien pide la fundación de un Conservatorio de Música, quien la de una Escuela de Bellas Artes, quien otra de Arquitectura, quien la de un Instituto de Oceanografía o de un Observatorio Astronómico. Todos proceden, sin duda, movidos por puros y respetables ideales científicos y artísticos, que son también los de la Universidad. Su realización vendría, ciertamente, a completar la estructura de ésta.

Pero, como queda dicho, los recursos no bastan. No dudamos del amor y respeto que se tiene a nuestra Universidad y de la confianza que inspira la forma honrada en que son administrados sus fondos. Mas estos sentimientos no se han traducido hasta ahora en donaciones, herencias y legados que vengán a entonar sus rentas y, a la larga, a independizarla. ¿Po-

dremos alentar la ilusión de que el constante acercamiento a los Estados Unidos, intensificado día a día en estos tiempos, haga cosa viva y operante entre nosotros el ejemplo de los ricos de aquel país de proteger las grandes obras de cultura?

Los fondos con que se ha venido completando en los últimos años la Ciudad Universitaria han sido destinados exclusivamente por la ley a ese fin. No admiten otra inversión. En el presente año quedarán terminados la Casa del Deporte y el Campanil. El Directorio emprenderá en seguida la construcción del pabellón que falta en la Escuela de Ingeniería Química, de edificios para la Escuela de Medicina y de Casas de Estudiantes. También lo preocupa mucho la necesidad de llevar a cabo la reparación del Teatro Concepción o Teatro de la Universidad.

La Casa del Deporte permitirá a la Universidad hacer más de lo que ha hecho hasta ahora (que sin embargo no ha sido poco) por la educación física de los estudiantes. Los deportistas de Concepción y de Chile tendrán en ella una nueva palestra para sus competencias. Los estudiantes dispondrán a firme ahí de restorán, baños y otras comodidades.

El campanil es ante todo motivo de belleza. El reloj y el carillón que llevará son obras accesorias. El carillón es, sin embargo, también órgano de belleza. Pondrá en el aire de la ciudad una nueva armonía. Todo monumento artístico es la encarnación de la generosidad absoluta; es rosal siempre en primavera, viña en otoño perenne, melodía inextinguible, fresca fontana que no cesa de correr: derrama sus bienes sobre los seres, da y da, y no se agota nunca. Lo bello plástico es un lugar donde se ha asentado el espíritu divino para no dejar de susurrar jamás. El campanil, cortándose sobre los oscuros pinares y en el luminoso raso del firmamento, es bello. Será siempre bello. Va a ser el símbolo universitario por excelencia, signo de rectitud y elevación, columna que difundirá en las almas goce, placidez y serenidad, flecha que apunta a la altura, como la

filosofía, donde más allá de las nubes que amedrentan, triunfa la claridad celeste.

Entre las sugerencias que voltejean alrededor de las actividades universitarias se suele oír que la Universidad de Concepción debería limitar sus actividades a la satisfacción de las necesidades regionales y técnicas, o sea, a constituir principalmente un grupo de escuelas industriales. A esta clase de opinantes sólo satisface de los establecimientos universitarios la Escuela de Ingeniería Química. Naturalmente, estamos de acuerdo con ellos en la alta estimación de esta Escuela. Pero lo que aconsejan equivale a pedirle a una universidad que cese de ser universidad.

La Universidad no se dejará contaminar ciertamente por este particularismo, tecnicismo y regionalismo. Lo que no quiere decir que vamos a proscribir lo técnico y lo regional del campo universitario. De ninguna manera. Basta considerar cuánta técnica requiere la investigación científica misma, una de las funciones esenciales de toda universidad. Lo técnico tiene su sitio señalado en la preparación y ejercicio de la maestría necesaria para hacer las cosas bien. Lo regional es la cantera que suministra los materiales y presenta los problemas de cuyo estudio no se puede prescindir. El desarrollo económico, tema muy esencial, se halla estrechamente relacionado con ambas maneras de mirar las cosas. De lugares y regiones de la tierra toman también la ciencia, el arte y las letras, si no hacen disquisiciones abstractas, la substancia para sus lucubraciones; pero cuando son espíritus perspicaces y creadores los que elaboran las obras trasmontan los límites de lo particularmente regional. Las conclusiones de la ciencia cobran valor universal en cuanto son acertadas y también lo cobran las interpretaciones de tipos, escenas, costumbres y paisajes que llevan a cabo el artista y el escritor en cuanto son bellas.

Para la formación espiritual, o sea, para la educación intelectual y ética de los jóvenes de ambos sexos que frecuentan

las aulas universitarias, no puede estar ausente la consideración de las necesidades, inquietudes, perspectivas y aspiraciones nacionales ni la de lo esencialmente humano. Lo primero es una prescripción vital de la ciudadanía y lo segundo un clamor de la necesidad de no formar almas mutiladas, sordas para lo mejor que ha venido creando el hombre, la amplitud armónica de sus principios filosóficos y éticos.

En todo estudiante bulle un futuro ciudadano que deberá ser un ciudadano de *elite*. A quien más conviene esto es a la democracia misma, para evitar las caídas a que las exponen las masas desorbitadas o mal guiadas por conductores sin ideales morales, que sólo buscan ventajas materiales propias y de grupos. ¿Y cómo se va a olvidar de añadir en estos tiempos de cooperación y de solidaridad americana al examen de la realidad nacional el de las realidades, esperanzas y destinos de nuestra América? En cada país de este continente lo americano se halla vinculado a lo nacional como en un organismo vivo la sensibilidad de la piel al corazón.

A las deficiencias antes anotadas de nuestra Universidad debemos agregar en este punto lo que le falta para corresponder al carácter de universalidad propio de todo instituto universitario. Carece todavía de una Facultad de Letras propiamente dicha dentro de la cual, además de los Departamentos de Lenguas Modernas, que ya tenemos, hubiera un Departamento de Lenguas Clásicas. Debería contar asimismo con Departamentos de Estudios Americanos. No disponemos aún de un Instituto de Filosofía.

El sentido americanista y universal existe, sin embargo, en nuestras aulas; ellas se han conqastado ya por lo mismo un nombre americano. A mantener ese sentido contribuyen la enseñanza que se imparte en las escuelas e institutos, las investigaciones llevadas a cabo en estos últimos, la extensión universitaria y nuestras revistas, cuya difusión no tiene más límites que los del idioma castellano. Hasta el centro de las ensangren-

tadas y gloriosas llanuras de Rusia, Moscú, ha llegado «Atenea», reclamada por lectores que se han interesado por ella.

Pero en todo caso nuestro deber de universitarios se sobrepone a lo defectuoso de los medios y lo concebimos de una manera integral. Más de una vez los soldados de grandes causas han suplido la falta de arreos con el buen ánimo. No olvidamos en ningún momento que debemos tratar de que nuestros estudiantes salgan no sólo poseyendo la capacidad profesional o técnica que han venido a buscar, sino también con una sólida conciencia moral y cívica y ampliamente informados sobre los problemas humanos. «Cuando seáis mejores el Estado será mejor», decía Sócrates a sus discípulos en sencilla sentencia de sabiduría política. No hay que esperar todo de las instituciones, sino que llevar también la reforma a la entraña de cada cual.

Aspiramos a que la Universidad sea siempre, como todo verdadero instituto de su clase, templo que brinde al alma posibilidad de paz activa en un ambiente de libertad, como lo proclama uno de sus lemas; en un ambiente de igualdad, paradigma de cómo se resuelven en la práctica las rivalidades sociales. En los bancos universitarios no hay diferencias entre el hijo del terrateniente o del rentista y el de un modesto artesano, salvo en las facilidades y subsidios que se acuerdan a los estudiantes de escasos recursos.

Aspiramos a que, como toda efectiva universidad, constituya un conjunto de talleres, gabinetes y laboratorios donde se trabaja en cuánto interesa e inquieta al espíritu humano. Oh! consolador espectáculo! Por el hecho sólo de existir así las universidades son como vigilantes lámparas encendidas al frente del misterio, fuego sagrado donde los peregrinos que son los hombres pueden alimentar sus linternas para lanzarse por los caminos del mundo.

Habéis visto que por la misma solemnidad del momento me ha sido imposible dejar de volver los ojos a lo que tanto

queremos, a nuestra Universidad. He procedido como un guerrero feliz, a quien sus conciudadanos, en un rasgo de benevolencia, le otorgaran por sus hazañas el laurel de la victoria, y él, hombre de fe, no sintiéndose acreedor a tanto galardón, lo depositará al pie de una deidad venerada. No he hecho otra cosa que considerar vuestro noble gesto como una inmerecida ofrenda de flores que, después de tomar en mis brazos con gratitud, he puesto en el ara de nuestra Universidad. Ahí ha llegado convertida en un haz de ensueños, de promesas, de votos que tienen valor de juramentos, y la ofrenda floral hecha así fuerzas espirituales no se marchitará jamás.